

Esa maldita melodía

Seguí las instrucciones del campesino y llegué al claro del bosque en el que se encontraba la cabaña. La pequeña choza se notaba añeja, aunque parecía limpia y bien cuidada. Supe que me encontraba en el lugar correcto porque, atado a unas maderas, un hombre moribundo actuaba como espantapájaros del pequeño huerto que había a un lado de la cabaña. Antes de salir de la arboleda, machaqué las hierbas que había recogido por el camino, preparé un mejunje y lo unté en Federica, mi daga. Tras esto, respiré profundamente y caminé hacia la cabaña.

Llamé a la puerta, intentando mantener la compostura. Cuando se abrió, una joven de tez blanca y pecosa, pelo anaranjado y ojos claros apareció ante mí. Era menuda y no muy corpulenta. Al verme en su cara se esbozó una sonrisa y, sin separar los labios, comenzó a tararear una delicada melodía. Me abalancé sobre ella y dejé que Federica se presentara, marcando su rostro con un tajo. La joven se zafó de mí y cuando la volví a mirar su aspecto había cambiado por completo. En sus manos había ahora unas monstruosas garras afiladas como cuchillas, en su espalda se desdoblaron unas enormes alas cubiertas de plumas y su mandíbula era la de una bestia. Continuaba tarareando. Me volví a lanzar hacia ella, pero esta vez se echó a un lado y pasé de largo. Sentí como desgarraba mi espalda y caí al suelo. Me giré, colocándome bocarriba, pero antes de poder reincorporarme la bestia se encontraba sobre mí, hundiéndome contra el

suelo. Vi su garra derecha dirigiéndose hacia mi cara y la frené usando mi daga. No hubo tanta suerte con la izquierda. Noté como mi rostro se inundaba con sangre. Dejó de tararear. Sin pensar, clavé mi puñal en su estómago, pero no pareció inmutarse y dirigió sus fauces hacia mi cuello. Intenté apartarme, pero no me dio tiempo y clavó sus monstruosos colmillos en mi trapecio. La pateé con todas mis fuerzas y rodé con el objetivo de levantarme. Sin llegar a ponerme en pie, intenté alcanzar la puerta. Agarré el pomo, pero la arpía agarró mi pierna, clavando en ella sus garras. Me zafé con un tirón dejando parte de mi gemelo en sus zarpas. La sangre de mi cara me impedía ver casi por completo, así que decidí igualar ligeramente la situación lanzando una de mis bombas de pimienta contra el suelo. Se oyó un chillido ensordecedor. Salí cojeando, pero mi pierna no resistió mas y dejó de sostenerme. La bestia salió tras de mi pero la pimienta parecía haber hecho su función. Sus manos le cubrían los ojos, tosía y maldecía. Traté de alejarme pero mi cuerpo no respondía. Me arrastré unos metros y dejé de intentarlo. Pensé en hacer una última ofensiva y me entró la risa. Si no podía ni moverme. Con mis últimas fuerzas me orienté hacia la criatura y la miré. Se encontraba de rodillas. Vomitaba y se retorció de dolor. El veneno que había untado en Federica estaba haciendo efecto. Apoyé la espalda en el suelo y perdí la conciencia.

Cuando me desperté era de noche. A un lado el cadáver de una joven, al otro el de un espantapájaros. Sin todavía poder moverme, resoplé y me dije «tienes que cambiar de trabajo».